pato bajo; las señoras deben presentarse de mantilla y falda negra; los sacerdotes de sotana y manteo de ceremonia. El maestro de ceremonias introduce al solicitante en la pieza que precede inmediatamente al gabinete del Papa. "De repente—dice un corresponsal de *Le Monde*, que tuvo la dicha de ser recibido por Léon XIII—se abre la puerta y el Maestro de ceremonias os anuncia, pronunciando vuestro nombre; y entrais en el gabinete particular del Santo Padre. Por tres veces os prosternais, segun el ceremonial acostumbrado, y de rodillas á los piés de ese anciano, de ese Padre tan amado, procurais besar la cruz que lleva en sus piés como emblema de humildad y sufrimiento. Pero entónces él os tiende los brazos con inefable sonrisa: os habla, os pregunta, y os dirige algunas de esas palabras que penetran en el corazon de aquellos á quienes es dable entenderlas. Vosotros mismos, con un delicioso abandono, le confiais vuestras necesidades, y para colmo de sus favores, el Santo Padre baja la mano sobre vuestra frente, á fin de atraer las bendiciciones celestiales para vosotros y para los que os son queridos, para las obras de vuestra vida y para todo lo que amais en el mundo."

IV.

LEON XIII Y EL SOCIALISMO.

Alguna vez dijo el Príncipe de Bismarck, refiriéndose al *Reichstag*: "cualquier palo sirve para golpear á un perro." Y con efecto, ésta ha sido su política: se ha servido siempre de cualquier instrumento que estuviera al alcance de la mano, para el logro de sus fines, y despues lo ha arrojado, cuando no le era ya útil. Así fué como el enemigo jurado de todo lo que se llama gobierno liberal ó representativo, socio ya que no amigo de Lassalle, el principal expositor y propagandista del socialismo en Alemania, se valió de los socialistas y de su prensa para empeñar ardoroso combate contra la Iglesia, en tanto que los millones arrancados á Francia hacian extragos en Berlin. Prusia habia sido hasta entónces un país pobre, así es que su repentina riqueza enriqueció á muchos, así es que millares de trabajadores, despues del triunfo obtenido sobre Francia, bebian champagne en vasos de peltre é iban á su trabajo en carruaje. Prontó pasó la orgía, porque pronto se agotó el dinero gastado tan locamente. La miseria orilla á los pueblos á la revolucion; ésta nace las más veces en medio de los andrajos y el hambre. El pueblo se volvió naturalmente al gobierno, diciéndole: "Estoy pobre, dame dinero; estoy desnudo, dame vestido; tengo hambre, dame pan."

La legislacion de Prusia, sus leyes de Falk, y una prensa que supo arrastrarse como un reptil, se habian combinado para eliminar el cristianismo de las inteligencias y de los corazones del pueblo alemán; en gran parte habia desaparecido el respeto á la autoridad divina, y solo un pequeño rincon quedaba en las almas donde se conservaba algun respeto á cualquiera autoridad.

Asi fué como subió el partido socialista en Alemania y más particularmente en Prusia, para extenderse á todo el mundo. El Príncipe de Bismarck vió con disgusto la aparicion del nuevo partido, ¿pero no le habia abierto él mismo camino con su guerra á la religion católica? Pronto enviaron los socialistas representantes suyos al Parlamento, para oponerse á las disposiciones del gobierno; quejábanse del constante aumento del ejército, de los armamentos y de las contribuciones, y la misma conciencia de su poder y de su fuerza los hizo audaces y exigentes. Entretanto, los católicos, agrupados en torno de su doctrina, con poderoso impulso y esfuerzo inaudito se lanzaron á la lid. Acudieron á las urnas, apelaron á su fé, y en corto tiempo pudieron contar con un partido en el Reichstag, guiado por caudillos hábiles, y capaces de ponerse frente á frente del príncipe de Bismarck. El Canciller se encontró detenido por todas partes, rompió entónces con los liberales nacio-

nales que le habian ayudado en la guerra anticatólica, trató de aniquilar á los socialistas, y se encontró con que el falso resplandor de sus conquistas desaparecia ante el cuadro de miseria y desmoralizacion del pueblo alemán. Los católicos, unidos, disciplinados, seguian trabajando lealmente al amparo de la ley. Los socialistas trabajaban tambien, pero con deslealtad, segun su costumbre, hasta que estallaron por fin en abierta sedicion, y en corto espacio de tiempo se cometieron dos atentados á la vida del Jefe del nuevo imperio.

×

Por toda Europa corrió entónces el azote de los asesinatos reales. Todos los asesinos, ya fuesen alemanes, españoles, rusos ó italianos, pertenecian á alguna sociedad secreta, y las confesiones de todos ellos, durante el juicio, eran por el mismo estilo y mostraban unidad de doctrina, la doctrina socialista. Entre tanto, prominentes miembros de las sociedades secretas recibian pensiones de los gobiernos contra quienes conspiraban, así como habian sido recibidos con honores por el gobierno, el pueblo y el presunto heredero del trono de Inglaterra. Lord Palmerston, saludaba á Garibaldi sombrero en mano, mientras que Lord Gladstone se burlaba del Papa; Bismarck se sentaba á la mesa con Lassalle, en tanto que ordenaba al conde de Armin cerrase la legacion de Prusia cerca del Vaticano, á ménos que el Papa consintiese en romper la etiqueta, y permitiese al representante prusiano entrar al Vaticano en carruaje de un solo caballo.

×

Vino despues la guerra entre Rusia y Turquía con sus resultados y consecuencias: ella llevó á Berlin á todas las grandes potencias para que diesen nueva forma al mapa de Europa y creasen ó restaurasen algunos principados orientales del territorio que la reforma protestante y las

rivalidades de los príncipes cristianos habian permitido que ocupasen los turcos. En Berlin, es decir, en el país de donde partió el primer grito de guerra contra el Catolicismo, se reunió ese areópago que tenia por objeto poner en salvo los intereses de muchas potencias, comprometidos por el tratado de San Stéfano.

Allí reservaba la Providencia á Leon XIII uno de sus triunfos más legítimos y consoladores, pues aunque en un principio no se admitió que concurriese al Congreso de Berlin un representante de la Santa Sede, no obstante que los intereses católicos debian tener en él representacion, el Papa y su malogrado Secretario de Estado, el Card. Franchi, por la mediacion de dos potencias católicas, de Francia y Austria, hicieron llegar al Congreso una nota diplomática, relativa á los intereses del Catolicismo en Oriente, cuyos derechos estaban desconocidos, puesto que la comunicacion de los católicos con la autoridad eclesiástica se hallaba sin cesar interrumpida por la mala voluntad ó la impotencia de la Puerta Otomana, y la autonomía religiosa que se concedia á los cismáticos y á los judíos se negaba á los católicos. Pero merced á la habilidad y energía del Padre Santo, el ejercicio de los derechos necesarios para el desarrollo del catolicismo en Oriente fué definitivamente sancionado por el Congreso presidido por el príncipe de Bismarck, porque uno de los primeros artículos de la constitucion de los nuevos principados proclamó la libertad religiosa.

×

La guerra turco-rusa, como todas las guerras, llevó á Rusia algunas ideas nuevas ó dió nuevo impulso á fuerzas ocultas que fermentaban en aquel pueblo.

La francmasonería de Italia, el comunismo de Francia, el socialismo de Alemania, aparecieron repentinamente en Rusia bajo la desnuda y espantosa forma de *nihilismo*, especie de Ismael social, como dice un escritor, que levan-

ta su mano contra todos. Despues de escapar muchas veces el czar Alejandro II de los siniestros atentados de los nihilistas, cayó finalmente á sus repetidos ataques, y su hijo y sucesor vió tambien amenazados sus dias. Pudo verse entónces cómo el gran imperio ruso, tan lleno de capacidades para bien suyo, lleno de heroismo, abnegacion y fé en las masas, lleno de corrupcion, venalidad y podredumbre en su cismática Iglesia y en el Estado, se estremecia con las convulsiones de un moribundo.

×

Por todas partes se oyó el ruido del conflicto habido entre el gigante aleman y el Vaticano, y los hombres esperaban atentos su desenlace; pero lo que cuenta la historia con respecto á todas las herejías y á todas las persecuciones, se verificó en esta vez, á la vista de todos, en una época en que los hombres son arrastrados por la corriente de la incredulidad. El altanero grito: "No iremos á Cannosa," habia sido aplaudido y aceptado en un tiempo en que el mundo estaba especialmente resentido con el Pontificado que se habia atrevido á advertirle cómo caminaba por la senda del error. Pero el mundo pudo ver que de todos los elementos de la sociedad alemana, el católico romano y los que más se le acercaban en las creencias y en las obras, eran la única fuerza conservadora.

En sentido social, y más especialmente en sentido político, encontró el príncipe de Bismarck absolutamente necesaria la ayuda de los católicos, para que le fuera posible desempeñar el gobierno del país. En 1880 estaba tan desencantado con el aspecto de los negocios, que presentó su dimision y aconsejó al Reichstag formase un gobierno de coalision de los partidos católicos y conservadores, como único que podia defender el imperio y salvar el Estado. El emperador se rehusó á aceptar la dimision.

Falleció el gran Pontífice Pio IX, y fué elegido pacíficamente el nuevo Papa. Antes de ese fallecimiento

habia ya preliminares de un arreglo entre la corte de Berlin y el Vaticano, con la mira de establecer un *modus vivendi* en Prusia entre la Iglesia católica y el Estado. Un solo medio existia, pero eso sí eficaz, para alcanzar el *modus vivendi*: deshacer la legislacion injusta y anticatólica de Falk.

×

Leon XIII sucedió á Pio IX en todas las cargas que sobre él pesaban, y diez meses despues de su exaltacion á la Sede apostólica publicó su segunda Encíclica *Quod apostolici*, contra el socialismo, en la cual resaltan sus tendencias á la conciliacion de todos los poderes, y además, saliendo del campo de la metafísica, se concretan de la manera más precisa los males sociales y políticos que turban la paz de Europa y sirven de presagio á un porvevir pavoroso. Allí descubre Su Santidad las grandes úlceras que corroen el organismo del cuerpo social, representadas por todas las ideas sectarias que se presentan en son de guerra enfrente de los poderes más formidables; y fijando más particularmente su atencion en Alemania y Rusia, dá la voz de alerta á los gobiernos de ambos pueblos para que se prevengan contra el socialismo y el nihilismo, que trastornan profundamente la paz de aquellos dos poderosos imperios.

Esta última parte de la Encíclica *Quod Apostolici* tiene una intencion moral y política que no puede desconocerse, porque pone el dedo en la llaga que aniquila á Prusia y debilita las fuerzas del coloso moscovita; por lo cual la palabra del Papa produjo honda impresion en aquellos imperios, gravemente amenazados de una disolucion interior.

A la larga, el mundo fué para el Pontificado ménos hostil de lo que habia sido hasta entónces. Las lecciones de la persecucion católica en Prusia, el desórden social de toda Europa, la Comuna de Paris y los atentados á

la vida de los soberanos estaban á la vista; habia en perspectiva graves peligros para los gobernantes y los pueblos, para la moral, las leyes y la propiedad, peligros que no podian precaver las balas ni las bayonetas, peligros que solo el poder que viene de lo Alto podia conjurar. Lo que se necesitaba era curar, no matar, y la gran fuerza curativa de la Iglesia católica se puso á disposicion de los gobiernos y los pueblos.

Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que las dos primeras Encíclicas de Leon XIII fueron como el arco-iris de paz que aplacó los furiosos embates de la tempestad revolucionaria; las conturbadas naciones volvieron sus miradas hácia los principios conservadores del órden y de la sociedad, y entre ellas la Alemania muy particularmente.

El príncipe de Bismarck y el emperador Guillermo recibieron una leccion bien amarga con la persecucion anticatólica que concibieron y sancionaron. Así, al celebrar el 85º aniversario de su nacimiento, decia el emperador Guillermo á una diputacion provincial, que cada nuevo período de su vida le traia á la memoria cómo el Todopoderoso elije sus instrumentos para castigar á los pueblos; y volviendo á un texto que el anciano emperador ha citado con frecuencia en estos últimos tiempos preguntó quién podria considerarse hoy salvo, de entre todos los monarcas. "Los tiempos son sérios, añadió; considerando que el Czar sucumbió un año há, víctima de la anarquía, ¿quién puede hoy reputarse salvo?" Y siguió encareciendo con énfasis la importancia de propagar en los pueblos los sentimientos religiosos, que son realmente la salvacion, la salvaguardia única de los Estados; precisamente lo mismo que la legislacion de Falk se habia empeñado vanamente en arrancar del corazon de los católicos alemanes!

V.

EL VATICANO Y EL QUIRINAL.

Mientras que las potencias màs hostiles á la Santa Sede se le acercan reconociendo lo que nunca debieran haber olvidado, esto es, que ella constituye la fuerza más conservadora del mundo, ¿qué hace entre tanto la Italia revolucionaria y sacrílega? Al siguiente dia de la exaltacion de Leon XIII, la prensa atea y revolucionaria propaló la absurda especie de una conciliacion entre la Santa Sede y el gobierno de Humberto: "el Papa es *moderado*, dijo, y la conciliacion se hará, ó lo que es lo mismo, el Papa abdicará sus derechos." Pronto se desvanecieron estas esperanzas, porque Leon XIII, que cuando era Arzobispo de Perusa publicó numerosos documentos notables en defensa del poder temporal de los Papas, y entre ellos una famosa Pastoral en que trató de la manera más enérgica y luminosa este asunto tan debatido;—siguió las huellas de su santo Predecesor, y en sus Encíclcias, en sus Alocuciones y discursos formuló las más solemnes protestas y reivindicaciones de todos los derechos de la Iglesia, violados por la Casa de Saboya. No quiso tampoco acogerse á la ley de garantías ni aceptó la asignacion que en ella señalaba á los Papas el gobierno italiano.

¿Y qué se vió entónces? Que el gobierno usurpador arrojaba léjos de sí, como pesada carga, todo resto de pudor y se empeñaba en la más cruel persecucion contra un poder que no podia destruir y que consideraba como rival suyo.

×

Así, no sin justo motivo decia Leon XIII á los peregrinos franceses, el 15 de Octubre de 1882: